—Sé fiel á lo que has elegido, le dice Teoctenes, y marcha en paz. Al salir de la iglesia oyó que el pregonero público le citaba ante el pretorio, porque la dilacion concedida acaba de espirar. Llevado al tribunal, renueva su gloriosa confesion, y el juez le condena á ser degollado, recibiendo así la corona del martirio. Entónces un ilustre senador llamado Asturio, favorito de los emperadores, y conocido de todos por su nobleza y su opulencia: que habia asistido á la ejecucion de Marino, apenas se retiró el verdugo, carga sobre sus espaldas el cadáver decapitado, sin cuidarse de las gotas de sangre, que destilando de la llaga del cuello del cadáver, manchaban su espléndida toga blanca, y lo sepulta con sus propias manos en una tumba magnífica.

En medio de la sedicion que se habia levantado en la ciudad de Alejandría, Emiliano, prefecto del Egipto, se vió obligado por sus soldados á revestir la púrpura imperial, y á ser á pesar suyo uno de los rivales de Galieno. Envíanse tropas para reducirle, y aquella gran poblacion, llena del populacho mas sedicioso del imperio, se hallaba en la mayor confusion, cuando una hambre y una p ste violentísima que le siguen, pusieron el colmo al desórden. Nueva ocasion fué ésta para que los cristianos diesen pruebas de su caridad. Su ilustre obispo Dionisio, seguido de sus fieles, se apresuraba á ir á visitar los enfermos sin distincion de personas, y les prodigaba sin precaucion alguna, sus cuidados y sus consuelos, de manera que entre ellos habia muchos que morian despues de haber dado la vida á los enfermos, bien diferentemente que sus perseguidores, los cuales por cortar el contagio abandonaban á sus parientes y amigos mas caros desde el momento en que les habia tocado el mal, y los arrojaban medio muertos á las calles, dejando insepultos sus cadáveres. La Iglesia honra como mártires á los que murieron en esta peste, víctimas de su caridad. Emiliano fué cogido y muerto; empero una muerte trágica aguardaba tambien á Galieno. Habia marchado contra los escitas, y miéntras él hacia la guerra, supo la rebelion de Aureolo, á quien habia dejado en Milan para oponerse á Póstumo, que dueño hacia muchos años de las Gálias, queria entrar en Italia. Galieno vino á Italia, y cuando acababa de conseguir una señalada victoria contra este rebelde, los principales oficiales de su ejército, fatigados hacia largo tiempo de su vergonzosa vida y de sus misteriosas crueldades, formaron contra él una conspiracion, de concierto con Claudio, uno de los generales que tenian mas crédito con el emperador; y provocando á la entrada de la noche una falsa alarma, en el momento en que marchaba á ponerse á la cabeza de sus tropas, le hirieron mortalmente en medio del tumulto y á favor de las tinieblas, el año 268 á la edad de cincuenta años, despues de haber reinado quince.

Claudio fué al instante mismo proclamado emperador por los soldados: Galieno habia designado á Claudio II por su sucesor; el pueblo romano y el ejército, conocieron la necesidad de volver á la unidad del mando.

Los tiempos marcados por la Providencia para la destruccion del imperio romano no habian llegado aún; empero admiremos cómo en esas calamidades que le agobiaban, en ese movimiento incesante que le imprimen las nubes de bárbaros que vienen á lanzarse sobre sus provincias,

y que las devastan inundándolas con su propia sangre, satisfechos de poderse volver cargados de botin, y llevando delante de sí numerosas tropas de cautivos á la vida errante, grosera y brutal de sus bosques, observemos cómo y por qué vias impenetrables marcha la Providencia al complemento de los mas grandes designios. Entre estos cautivos se hallaban santos obispos, cristianos llenos de celo y de fervor. Aquellas salvages hijos del Norte, se asombran al ver brillar en medio de ellos virtudes de que ni aun tenian idea; bien pronto se conmueven profundamente oyendo palabras que jamas habian oido: los esclavos se convierten en amos; y la religion de Cristo se eleva en aquellos ásperos contornos donde tenia que luchar con ménos corrupcion, con creencias idolátricas ménos distantes de la tradicion verdadera, en medio de los triunfos mas rápidos y mas fáciles.

El pueblo, el ejército y el senado, habian adoptado por unánime aclamacion á Claudio II, que tenia todas las cualidades necesarias para llevar el cetro; ademas, casi todos los generales de Valeriano que se habian adjudicado la corona habian sido muertos ó sometidos; empero quedaban dos pretendientes fuera de Italia: el uno era Tétrico, hechura de la rica gaulesa Victoria, que era la que gobernaba las Gálias; y la otra era Cenobia, aquella muger tan célebre despues por su valor, por su educacion y por sus desgracias, que acababa de reunir el Egipto á los paises que le habia dejado su marido Odenato. En el momento en que Claudio daba la mayor de las pruebas de valor, subiendo sobre un trono dispuesto á hundirse en el abismo, cuando todo parecia estar mas desesperado que nunca, sin contar ademas con un armamento de las naciones góticas mas formidable que ninguno de los que habia vomitado hasta entónces el Ponto-Euximo; y que atravesando ya el Bósforo, iba á precipitarse por cuarta vez sobre las costas de la Europa y de la Ásia. El nuevo emperador marcha resueltamente contra los bárbaros á la cabeza de un ejército desarmado casi, muy desanimado; pero que con sus palabras firmes y penetrantes, habia logrado reanimar algun tanto; les presenta la batalla cerca de Naiso, ciudad de Dardania; consigue sobre ellos la victoria mas completa y sanguinaria de que hace mencion la historia, obligándoles á retirarse á las inaccesibles alturas del monte Emmo, y allí los restos de aquella multitud cargada por sus tropas, perece por el hambre, la fatiga y las enfermedades contagiosas.

La historia ha dado á Claudio el sobrenombre del *Gótico;* empero el contagio que destruyó los restos de sus enemigos, arrebató consigo á la tumba al vencedor, que murió en Sirmio, despues de un reinado de poco mas de dos años [269].

Claudio, prefiriendo el amor del Estado á los intereses de familia, indicó que el valiente Aureliano, uno de sus generales, era el único digno de ocupar el trono y de salvar el Estado. Quintilio, hermano del emperador, demasiado ambicioso para permanecer en el rango que le habia destinado el patriotismo de Claudio, tomó la púrpura en Aquilea, donde mandaba un ejército considerable. Aunque obtuvo el consentimiento y la aprobacion del senado, no reinó mas que diez y siete dias, pues se quitó él mismo la vida al saber que las legiones del Danubio habian proclamado al intrépido Aureliano.

(269 á 274.) Este era el hombre que se necesitaba para continuar la regeneracion militar emprendida per su predecesor. Querido de sus soldados, rastablece la antigua displina militar. Unas veces por la política y otras y por las armas, detiene las invasiones incesantes de los godos; hace de estos enemigos encarnizados unos aliados del imperio; y despues de haber esterminado á los alemanes en el término de Pavía, marcha sobre las Gáulas, donde reinaba aún Tétrico, último de los competidores de Galieno, el cual se vió forzado á venir á buscar en su ejército un refugio contra sus mismos soldados.

En el Oriente, Cenobia se muestra digna esposa de Odenato; y rodeada de hábiles generales, conduciendo ella misma sus soldados sobre el campo de batalla, se apodera del Egipto, y no aspira nada ménos que á hacer pasar el Asia Menor entera bajo su dominacion. Aureliano encarga á su general Probo la reconquista del Egipto; y despues de dos victorias conseguidas sobre la soberbia reina, la obliga él mismo á encerrarse en Palmira, y la hace prisionera, destruyendo despues hasta en sus cimientos aquella magnífica capital, cuyas ruinas admira aún hoy el viagero; y en ménos de cinco años reune de nuevo al imperio tadas las provincias que se le habian separado. Aureliano lleva consigo á la reina de Palmira, y vuelve á enseñar á Roma, asombrada de sus victorias, los cautivos coronados y los ricos trofeos arrebatados en el Asia y en la Europa; vencedor, en fin, de todos sus enemigos, embellece las provincias y funda nuevas ciudades.

Aunque pagano celoso y supersticioso, que habia en otro tiempo perseguido cruelmente á los cristianos, Aureliano los trató bastante favorablemente en los primeros años de su reinado; en términos que habiendo sido condenado por dos concilios de la Iglesia el herege Pablo, de Samosate, á quien sostenia en Antioquía el poderoso favor de la reina de Palmira, y que desoyendo la autoridad y sentencia de dos concilios en que habia sido condenado, no habia querido abandonar el episcopado, habiendo acudido los cristianos al emperador, quejándose de que aquel indigno obispo, renovando la heregía de Savelio, envenenaba la Iglesia con nuevos errores, y que condenado por los concilios se obstinaba en permanecer sobre su silla, lo que habia podido conseguir miéntras que la reina Cenobia, que le protegia, habia sido la reina del Oriente; tomado conocimiento Aureliano, ordenó que la casa episcopal le fuese adjudicada á aquel á quien hubiese reconocido el obispo de Roma, reconociendo por lo tanto en la decision de éste la supremacía del Pontífice romano sobre los demas obispos. San Dionisio, sucesor de Sixto II. era el que ocupaba entónces la silla pontifical: murió en aquel año 269, sucediéndole Félix. Empero estas favorables disposiciones del emperador cambiaron repentinamente; y se cuenta que en el momento en que iba á firmar un edicto terrible contra los cristianos, un rayo cayó repentinamente á sus piés, y en su terror soltó la pluma de la mano; impresion que le duró poco tiempo, publicando muy luego contra los cristianos edictos de sangre y de esterminio; empero felizmente estos decretos aparecieron en el último año de su reinado, y ya habia muerto cuando pudieron llegar á las provincias lejanas del imperio. Sin embargo, la Iglesia cuenta esta, aunque corta persecucion, por la novena.

Aureliano fué sumamente orgulloso, y el primero que usó la diadema, leyéndose en algunas medallas suyas la inscripcion *Deus et dominus*. Su estremada crueldad le hizo aborrecer del senado, que floraba la ausencia de sus mas ilustres miembros. Demasiado insensato, se jactaba de gobernar por derecho de conquista un imperio que habia salvado y subyugado. Murió de la muerte comun á los emperadores: Menesus, su secretario, conjurado en union con los principales del imperio, le hizo asesinar á los cinco años de su gobierno, llorado de su tropa y aborrecido del senado.

Aunque de corta duracion, la NOVENA persecucion de la Iglesia no dejó de hacer un gran número de mártires, de que los martirologios nos han conservado los nombres. Entre estas santas víctimas, se mencionan en las Gálias la vírgen santa Colomba, que fué martirizada en Sens; en Troyes, el obispo San Siviano; en Autum, San Reveliano, tambien obispo; en Auxerroy, San Prisco, inmolado con una tropa numerosa de fieles, en medio de un bosque á donde habia ido á buscar un refugio, y de quien los cristianos que escaparon á la matanza recogieron los cuerpos, echándolos en una cisterna; en Auvernia, los santos Carino, Victoriano, Máximo, Antoniano, Ligniano y otros muchos mártires; en Prenesto, en Italia, San Agapeto, de edad solo de quince años, que se hizo notar por su constancia inalterable en medio de los tormentos, y de quien se cuenta que uno de los escribanos del tribunal, llamado Anastasio, se conmovió tan profundamente al verlo, que convirtiéndose al instante mismo y confesando en alta voz la fé de Jesucristo, fué martirizado con él.

En Roma hubo tambien numerosas víctimas, entre las cuales los martirologios señalan ciento sesenta y cinco soldados que fueron decapitados por rehusar sacrificar á los ídolos; cerrando la marcha gloriosa de estos mártires, el Papa San Félix, cuya muerte se cuenta hácia fines del año 274, es decir, en lo mas fuerte de la persecucion: Eutiquio le sucedió.

Un suceso estraordinario, de los mas raros en la historia del género humano, hay que admirar despues de la muerte de Aureliano. El ejército, sensible á la muerte del último emperador, no quiso nombrar á ninguno de sus asesinos, y suplicó al senado nombrase entre sus individuos al que juzgase mas digno de la púrpura imperial: el senado dió un decreto concediendo al ejército la eleccion de emperador, y en estas contestaciones trascurrieron insensiblemente ocho meses; periodo admirable de una anarquía tranquila, comparable únicamente con la que por espacio de un año esperimentó Roma en su principio cuando desapareció su fundador y ocupó el trono un filósofo sabino.

El senado proclamó á TACITO, el mas antiguo é ilustre de sus miembros; y el consentimiento del pueblo romano y de las guardias pretorianas, confirmó tan acertada y prudente eleccion. Anciano venerable de sesenta y cinco años, se hizo estimar por sus virtudes: atento solo al bien del Estado, trató de remediar los males que habian ocasionado las sublevaciones anteriores: conservó el mayor respeto á la autoridad augusta del senado, y convencido de que en él solo residia el poder legislativo, imperó únicamente para obedecer sus leyes. No fué ménos grande en la carrera de las armas: rechazó á los bárbaros de las tierras del imperio;

y cuando marchaba contra los persas, murió en la ciudad de Tarso de Cilicia, á los seis meses y veinte dias de su reinado, llorado de todo el imperio, por cuya prosperidad tanto habia trabajado (276).

Floriano, hermano uterino de Tácito, apenas habia espirado su hermano, y sin aguardar el consentimiento del senado, se apoderó del trono. El intrépido Probo emprendió vengar los derechos del senado, y marchó contra Floriano, á quien sus mismos soldados asesinaron á los dos meses y veinte dias de su reinado (276), libertando al Estado de la horrible guerra civil que le amenazaba.

Probo, proclamado emperador por los soldados, escribió al senado manifestándole ponia á su disposicion el título de *augusto* que le habian conferido las legiones. El senado, al ver un general pedir humildemente un cetro que poseia, no solo dió unánime su consentimiento, sino que le confirió ademas el título de Padre de la patria, con todas las magistraturas de la antigua república.

Probo, aunque de humilde nacimiento, supo elevarse al trono por su valor y bellas cualidades. Su vida fué una série continuada de conquistas; y segun lo que refieren los historiadores, no se sabe si admirar mas la rapidez de sus marchas, ó los triunfos y el número de sus victorias, á que no llegó ninguno de los mas grandes capitanes de la antigüedad. Rápido en sus marchas; apareciendo, por decirlo así, á la vez simultáneamente en las dos estremidades del imperio, destruye con su sola presencia tres usurpadores en Egipto y en las Gálias: Bonoso, Proculo y Saturnino. Todas las naciones góticas se humillaron ante él. Tan modesto como hábil guerrero, enviaba al senado las coronas de oro que todas las ciudades de la Gália le habian decretado. De vuelta á Roma se hizo amar por sus virtudes, y admirar la sencillez de su trato llevada al esceso. Nuevas guerras vinieron á arrancarle á este reposo, mas útil al Estado que sus victorias; y el Oriente pacificado, gozó de la paz general. Dió muchos dias de gloria al pueblo romano, triunfando siempre de sus enemigos; empero mas ocupado de la felicidad del pueblo que de la de sus soldados, proyectó una paz perpetua y la reduccion del número de sus ejércitos: el genio de Aureliano y de Probo habian resucitado la gloria de las grandezas romanas; empero ambos sucumbieron bajo el puñal de los romanos, indignos de poseer semejantes gefes. Amotinadas las tropas en Sirmio (282), le asesinaron á los cincuenta años de edad; seis y cuatro meses de su imperio.

En el espacio de un año, tres emperadores se sucedieron en el trono y en la tumba! Asesinado Probo, los soldados proclamaron á Caro, sin aguardar el consentimiento del senado: el imperio de éste habia concluido con el del último emperador. Caro asoció en el trono á sus hijos Carino y Numeriano; y dejando al primero en Roma, despues de haber arrojado á los sármatas de la Iliria, partió con el segundo para una espedicion contra los persas, que se hallaban invadiendo las fronteras del Oriente. Penetró sin encontrar resistencia hasta los muros de Seleucia y de Cesifon; y se aprestaba á llevar mas adelante sus conquistas, cuando murió repentinamente en su tienda en medio de una tempestad, sin que las causas verdaderas de su muerte hayan sido bien averiguadas.

Herido de un temor supersticioso, el ejército forzó á sus gefes á volver

á Europa; y despues de ocho meses de marcha, Numeriano fué asesinado en su litera por Aper, prefecto del Pretorio, con designio de apoderarse del trono: ocultó por algun tiempo su crímen haciendo custodiar el cadáver por sus partidarios, y acompañándole asiduamente como si estuviera vivo; empero el olor pestilente del cadáver descubrió el atentado de Aper; y conducido delante del tribunal de Diocleciano, comandante de los domésticos ó guardias del palacio, éste lo declaró culpable y lo mató con sus propias manos. Los soldados, que idolatraban á Numeriano, proclamaron emperador á su vengador, quien cambió el nombre de Diocles que tenia por el de Diocleciano. Carino supo la muerte de su hermano y la elevacion de Diocleciano, y saliendo del letargo en que le tenian los placeres, marchó contra él, le alcanzó en la Mesia, y derrotó sus tropas; empero en el momento en que perseguia á su enemigo, fué asesinado por un tribuno, cuya esposa habia deshonrado [285], á los treinta y seis años de su edad y tres de su imperio. El pueblo se regocijó en la muerte de un monarca que reunia á las locuras de Eliogábalo la crueldad de Domiciano!

En el imperio de Numeriano, célebre por su elocuencia y por sus talentos poéticos, y á pesar de que le amaban por la dulzura de su carácter, los cristianos fueron perseguidos con la mayor animosidad. Habiendo sabido el emperador que una multitud de hombres, mugeres y niños, todos cristianos, se habian reunido en el cementerio de San Crisanto y Santa Daria en la via Salara, hizo tapar el cripto con arenas y rocas. Mauro, que habia venido de Africa para visitar los sepulcros de San Pedro y San Pablo, fué tambien martirizado en su reinado, y probablemente por su órden. San Maximiliano, obispo de Lorche en la Norica, fué tambien contado en el número de sus víctimas, siendo de todos los emperadores que se habian sucedido desde Galieno, el que mas se habia señalado por verter la sangre cristiana. En Cesarea el pastor Manés sufrió con un valor heróico el martirio: algunos años antes, cerca de Mira, en Licia, otro pastor, San Temistocles, se habia igualmente inmortalizado por su generoso valor. Dos mártires no ménos célebres, Conon y su hijo, sufrieron en Nicaonia, siendo arrojados sobre un lecho ardiendo, y habiéndoles cortado antes las manos.

En el segundo año del reinado de Probo, una nueva heregía vino á afligir la Iglesia. El esclavo persa, Manés, comenzó á esparcir las primeras semillas de la heregía, que tomando su nombre de él, se conoció con el nombre de Maniqueismo; mezcla impura de los dogmas mas elevados de la religion cristiana y de los sueños mas estravagantes del dualismo y del antagonismo; de todas las heregías fué la mas monstruosa, la mas hipócrita, y la mas viva que afligió jamas á la Iglesia. Llamándose á sí propio el espíritu Paracleto, elige Manés doce apóstoles; pretende esparcir su doctrina y hacer milagros. Pretende curar al hijo del rey de Persia, desahuciado por un gran número de médicos, con sus oraciones; retíranse los médicos, y el niño muere: puesto en prision, encuentra el medio de evadirse; empero el rey hace morir las guardias, y él huye á Mesopotamia de la cólera del rey. Confundido en dos conferencias con que tiene la arrogancia de provocar á San Arquelao, obispo de Cachar en Mesopotamia, y por un santo sacerdote llamado

Trifon, se ve forzado á volver á Persia: precisado de nuevo á huir, cae en manos de los guardias del rey de Persia, que le buscaban por todas partes: conducido á la presencia del rey, le reprende sus mentiras, su fuga, su esclavitud; y para expiar la muerte de su hijo y de las guardias de la prision de que se evadió, le condena, segun la costumbre de los persas, á ser degollado vivo con la punta de una caña; su cuerpo fué arrojado á las bestias, y su piel colgada de las puertas de la ciudad; empero él dejó tras sí discípulos que propagaron sus doctrinas execrables, y que infestaron el imperio.

Tal fué el tránsito de estos tiempos de calma del cristianismo, á la verdad bien pasagera, á la DECIMA y última persecucion que iba á empezar con Diocleciano; persecucion tan atroz, que sin los grandes designios de Dios sobre su Iglesia, parecia que ésta iba á ser destruida, antes que la piedra sobre que dicha Iglesia habia sido fundada se afirmase de un modo inalterable.

CAPITULO X.

Diocleciano, emperador.—Asóciase á Maximiano Hercúlio.—Momento de paz en la Iglesia.—Maquinaciones y escritos contra el cristianismo.—Maximiano contrario á los cristianos.—Martirio de Claudio, Asterio y Neon.—De Domina y Theonila.—De Cosme y Damian, médicos.—De Tiburcio.—Conversion y martirio de San Efisio.—Persecuciones aisladas en las provincias.—Martirio de San Sebastian y sus compañeros.—Martirio de la legacion Tebea.—Mártires en las Gálias y Bélgica.—Martirio de San Donaciano y Rogaciano.—De San Ginés, escribano.—De San Victor.—Mártires en España.—Nombramiento de los césares Constancio y Galerio.—Maximiano solo persigue á los cristianos.—La persecucion en los ejércitos.—Martirio de Maximiliano.—De San Marcelo y Casiano.—Nuevos mártires en el ejército.—Martirio de San Eusebio.—El césar Galerio en Nicomedia, hace firmar á Diocleciano la persecucion general del cristianismo.

DIOCLECIANO fué exaltado al trono por los soldados despues de la muerte de Numeriano; y aunque hijo de un liberto, escedió la gloria de su reinado á la de todos sus predecesores. Hijo de un esclavo, debió su elevacion á su valor y á su genio. Su carácter flexible se plegaba á todo: clemencia, severidad, no eran en él mas que política; y no se podia penetrar en su corazon, al paso que él sabia leer en los de los demas. Semejante al hijo adoptivo de César, supo por su hábil política echar en cierto modo los fundamentos de un nuevo imperio. Persuadido de que los talentos de un hombre solo no bastaban para gobernar una máquina tan complicada, asoció al imperio á su antiguo amigo Herculio Maximiano, estableciendo por ley que el poder residiese siempre en cuatro príncipes: los dos primeros con el título de *augusto* elegirian dos colegas, que deberian estar á sus órdenes con el título de césares, y que despues de su muerte debian reemplazarles, estableciéndose así una serie no interrumpida de emperadores. De este modo precavíanse las traiciones continuas de los soldados, y se ponian á cubierto del furor de los usurpadores los cuatro soberanos que disponian de la fuerza militar, de suerte que ningun general podia osar